

CAPITULO XVI.

RUEDE LA BOLA.

I.

Amparo no pudo contenerse ante el desatado huracan de los celos, y tomando por un brazo á Rosalía, la dijo:

—Seguidme.

La hija de Treviño se dejó conducir sin pronunciar una palabra.

Las dos jóvenes tenían un parecido asombroso, se las hubiera tenido por gemelas.

Ambas conocieron esta singular coincidencia, y se midieron con la vista llenas de orgullo y arrogancia.

—Decidme, señora, dijo Amparo, como os encontráis en esta casa?

—No lo sé, dijo friamente Rosalía.

—No me desesperéis..... os encuentro de improviso puesta entre dos hombres, uno de los cuales ha muerto por vos.

—¿Por mí, señora?..... os engañáis..... ese jóven era mi amigo y nada mas..... Muerto, Dios mio!..... muerto!.....

—Sí, muerto por ese miserable que debe ser vuestro amante y quién os ha sorprendido.....

—Callad, señora, callad, no sabéis todo el mal que me estais haciendo..... eso es abusar de la desgracia.

—Pero yo necesito una explicacion!

—Teneis razon, pero yo no puedo deciros nada que os deje tranquila; porque el misterio mas grande envuelve cuanto me rodea..... la presencia de don Félix..... su duelo con Antonio..... vuestra aparicion..... todo, todo es inexplicable para mí.

—Bien, señora, dijo Amparo; eso me es fácil averiguar; pero hay un secreto que solo vos podeis revelarme.

—Preguntadlo de una vez.

—Amais al capitan?

—Lo estimo como el mejor de mis amigos.

—Donde le conocisteis?

—Verdaderamente aquí.

—Luego lo visteis en otra parte?

—Sí, caminaba á la ventura despues de un lance que me ha dejado sobrecogida, cuando el capitan me ha arrancado de manos de una persona á la que me confiaba acaso con imprudencia.

—No adivinásteis su intenc'on?

—Señora, la de favorecer á un amigo; y ese amigo era el hombre de mi amor, que en un arrebato de celos le acaba de matar.

—Horror!..... horror! exclamó Amparo descubriendo la verdad de cuanto habia pasado.

—Entre Antonio y yo, se ha abierto un abismo..... un abismo insondable..... él no volverá mas..... y yo estoy perdida para siempre!.....

—Señora, os debo pedir perdon por mis sospechas..... no imaginaba..... perdonadme, sé que sois desgraciada..... y para reparar la falta que he cometido desconfiando injustamente

de vos, os ofrezco mi amistad.---- Esta misma noche debo abandonar esta casa.---- sed mi compañera.---- mi hermana.---- yo tambien he perdido al hombre á quien amaba, y va á alzarse desde hoy una horrible persecucion contra mí.---- que acabará por.---- no, no lo quiero pensar; pero la muerte me sigue muy de cerca!----

Rosalía encontró un fondo de verdad en aquel acento, y su corazón se abrió á la amistad como una flor á los rayos de la aurora.

—Acepto, dijo abriendo sus brazos á Amparo; de hoy en adelante hermanas!

—Sí, hermanas! respondió la jóven con entusiasmo, y estrechó á Rosalía contra su pecho.

Aquellos corazones palpitaron juntos; pero al tocarse el corazón de Rosalía se plegó como una sensitiva, porque habia algo que la obligaba á rechazar á aquella mujer.

—Id, señora, id á ver al capitan; acaso no haya muerto.

Amparo se separó de la jóven y corrió á ver al capitan.

II.

El virey se dirigia á palacio, cuando lo detuvo la ronda del alcalde Jimenez.

—Alto el embozado!

El virey siguió paso adelante.

—Alto el embozado! tornó á gritar el alcalde.

El virey se detuvo.

—Esculcad á ese hombre.

—Atras! gritó uno de los embozados que seguia á Branciforte.

—Cómo atras! ¡qué quiere decir atras?

—Dejad el paso, no vayais á arrepentiros.

—Ea! señores alguaciles, en nombre del rey, apoderaos de esos canallas y conducidlos á la cárcel.

Branciforte se quitó el embozo.

El alcalde lo reconoció y se puso á temblar como un azogado, hasta caérsele la linterna de la mano.

Recobrado del susto, gritó con furia:

—Alguaciles del infierno, ¿quién os ha mandado tocar á.----

—Silencio! dijo en voz baja el virey.

—En nombre del rey habeis dicho, y yo procedo á la aprehension, que las costas no son de desperdiciarse, dijo Pica-Anzuelo.

—Mal nacido! exclamó el alcalde, retiraos ú os planto en el arroyo con una paliza.

—Yo no retrocedo.

Que calleis! maese Pica-Anzuelo; porque de lo contrario la vais á pasar muy mal.

El alguacil temió al alcalde y desistió de su empresa.

Branciforte llamó al alcalde y le dijo en voz baja:

—Aprehended á doña Amparo Núñez de Clavijero, que se encuentra dentro de esa casa, y aseguradla en el Santo Oficio; ahí teneis mi coche.

El alcalde hizo veinte reverencias, y empuñando la vara de la justicia, como un energúmeno se dirigió á la casa del tio Pablo.

Llamó á la puerta con tres golpes pausados.

La casa parecia desierta.

Tornó á llamar con mas fuerza.

—Sois el médico? preguntó una voz aguardientosa.

—No, soy mas que todo el proto-medicato, soy el justicia de la ciudad.

—No necesitamos á su señoría.

—Pero yo sí os necesito, abrid la puerta.

—No nos da la gana.

—Oís, maese Pica-Anzuelo? ese bribon se las quiere poner conmigo; que abrais os digo!

—Y yo os repito que no quiero.

—Qué podemos hacer en este caso?

—Romper la puerta, contestó el alguacil, es lo mas fácil del mundo.

—No tanto, contestó la voz; porque al primero que se acerque le disparo mis trabucos.

—Acercaos, señor alcalde, que si os mata, le ahorcarán como á un perro.

—Mas vale que lo cuelguen por otro motivo ménos plausible; avanzad vosotros y echad la puerta abajo.

Los alguaciles, fieles á su programa, se pusieron de tal manera que los cubria perfectamente el cuerpo de la autoridad.

—Parece que no habeis oido; os repito que tireis la puerta.

Los alguaciles, como era de esperarse, no obedecieron.

Oyóse por la parte de adentro un altercado.

—Abrid, decia una voz de mujer.

—Esta casa no puede ser registrada por la justicia, contestaba otra voz que parecia de hombre.

—Ved que es el alcalde.

—Tengo orden del virey.

—Os digo que abrais, pueden creer cosas que aquí no suceden.

—Lo dejo á vuestro parecer.

—Acepto la responsabilidad.

La puerta se abrió y el alcalde Jimenez se presentó con vara en mano diciendo para sí: yo soy el *Alcalde Ronquillo* de esta capital.

III.

—Pasad, señor alcalde, dijo el tío Pablo.

—Sea en buena hora, y si dilatais un momento mas allano la casa y os ahorco como hay Dios.

—Haria muy bien su señoría, siempre que nada valga la orden de S. E. el virey Branciforte marques de Croix.

—Qué fecha tiene esa orden?

—La de hoy.

—¿Y á qué hora la firmó S. E.?

—Hace veinte minutos.

—Pues guardadla, que para nada la necesito, y abrid las puertas todas de esta casa.

—Ved lo que haceis, señor alcalde.

—Yo me toco y bailo solo, amigo mio, y no hablemos mas; abrid todas las puertas y que nadie salga.

—Esto está de todos los demonios! murmuró el tío Pablo, me engañé de medio á medio.

—Ea, maeses alguaciles, gritó el alcalde, atajad á esa gente que trepa por la azotea, detenedla en nombre del rey!

—Alto!-----alto! gritaron los alguaciles al Zurdo, al mulato Lino y los otros bandidos que tomaban las de Villadiego al ver enseriarse el negocio.

—Deteneos, miserables! tornó á gritar el alcalde.

Una lluvia de piedras cayó sobre la ronda, que se dispersó como una parvada de tordos al rocío de la municion.

—Aprehended á este hombre! exclamó el alcalde señalando al tío Pablo.

—Pero su señoría no repara en que yo no soy de los agresores.

—Callad, yo no acostumbro irme así como así, sois un reo, y ya os tenia señalado de antemano.

—Pues aprehendedme si podeis, babieca, dijo el tío Pablo y se escapó de entre las manos de la justicia á favor de la oscuridad.

Los alguaciles se revolvian fingiendo buscarle; pero el tío Pablo no llegó á parecer.

Los alguaciles de todos tiempos conservan las mismas costumbres, como un legado precioso para conservarse en buen estado de salud.

—Sois unos imbéciles, unos mentecatos que no servís para maldita la cosa; os he de dar una de palos, infernal canalla, que habeis de sudar la gota gorda!

—Bien dicho, dijo maese Pica-Anzuelo, que siempre se ponía de parte del mas fuerte.

—Prosigamos el cateo, que traigo órdenes que de no cumplirlas me cuesta la alcaldía, la vara y tal vez la cabeza.

Los alguaciles, seguros de encontrar la casa desierta, penetraron en el aposento de Amparo, donde Rosalía quedaba en espera de su amiga.

—Señora, dijo el alcalde, daos á prision.

—Decidme el motivo.

—Lo sabreis mas tarde, señora.

—Ved que cometeis un horrible atentado.

—No injurieis á la justicia.

—Digo la verdad.

—Pues suprimidla.

—Yo creo, alcalde, que ignorais la responsabilidad que os echais encima con esta conducta.

—Son órdenes del virey.

—Cumplidlas, alcalde, dijo Rosalía, fiada en que Amparo la sacaria de una situacion tan comprometida.

—Acompañadme, señora, está un coche á la puerta.

—Sea en buena hora, respondió Rosalía; y siguiendo al pretendido alcalde *Ronquillo*, salió á la calle y montó en la *estufa* de Branciforte.

IV.

Tornó Jimenez á continuar las pesquisas por ver si descu-

bria alguna cosa que satisfaciese de una manera mas completa las ideas de su amo, y se plantó en la estancia del enfermo.

Amparo era atrevida, y encarándose á Jimenez le dijo con acento altanero:

—Haceos atras, alcalde, vos no podeis pisar los umbrales de esta casa.

Azoróse la autoridad ante el aspecto amenazante de la jóven.

—Perdonad, señora; pero las órdenes----

—En mi persona y en mi casa, no puede dar órdenes autoridad alguna de ninguna especie; retiraos!

—Es que estoy viendo un charco de sangre, y segun parece ese hombre está herido.

—¿Y qué os importa?

—A la justicia le importa todo, si me lo permitís.

—Explicad vuestra presencia en este sitio, yo os lo mando.

—Nada tiene de particular, el señor virey al salir de esta casa me ha ordenado bajo mi mas estrecha responsabilidad, que aprehenda á doña Amparo Núñez de Clavijero, y la entregue á disposicion del Santo Oficio.

La jóven palideció mortalmente.

—Ese marques es un miserable! gritó Amparo.

El alcalde se estremeció.

—Perdonad, señora, yo no he hecho mas que obedecer á mi superior, motivo por el cual he conducido á doña Amparo al coche de S. E. el virey, y voy con vuestro permiso á consignarla al tribunal de la Inquisicion.

La jóven comprendió desde luego la equivocacion y se alegró vivamente de encontrarse libre para poderse salvar, así como á su jóven amiga.

—Id, alcalde, á cumplir vuestra mision; ella no se extiende al cateo.

—Teneis razon.